

Europa vista desde un Balneario

Vicente PEDRAZA MURIEL

Catedrático de Radiología y Medicina Física de la Universidad de Granada
Consejero de Universidades por designación del Senado

RESUMEN

Cinco axiomas definen a Europa. Los cafés, el paisaje a escala humana, las calles y plazas con nombres de estadistas, científicos, artistas y escritores, su doble ascendencia de Atenas y Jerusalem y esa especie de premonición fatalista, de crepúsculo hegeliano, que ha ensombrecido incluso sus mejores horas. A esta hipótesis de ruina final, cuya evocación es imposible sin Auschwitz y el Gulag, debemos oponer la esperanza en el lado bueno de Europa, en sus raíces cristianas, en la posibilidad de que el intelecto y el espíritu europeos puedan encontrar en el fondo de su historia la fuerza suficiente para crear un nuevo humanismo y devolver al Viejo Continente su doble condición de cuna y refugio de la alta cultura.

Palabras clave: Europa, Humanismo, Identidad, Historia, Cultura.

ABSTRACT

Five axioms define Europe. The cafes, the view from a human scale, the streets and plazas with the names of famous politicians, scientists, artists and writers, its double background from Athens and Jerusalem and that sort of fatal premonition, of Hegelian sunset, that have shaded even its best hours. Opposite to this final ruinous hypothesis, which always must remind us of Auschwitz and the Gulag, we find the hope in Europe's good side, in its Christian roots, in the possibility that the European intellect and spirit may find in its most profound history, the sufficient strength to create a new humanism and return the Old Continent to its double position as the birthplace and refuge of the most refined culture.

Keywords: Europe, Humanism, Identity, History, Culture.

INTRODUCCIÓN

En un reciente ensayo, presentado inicialmente en la Décima Conferencia Nexus (Nexus Institute, Amsterdam), George Steiner ha defendido la idea de que es la "idea de presentados posible resumir en un conjunto de instituciones, ideas, tradiciones y costumbres lo que es hoy Europa y lo ha hecho en un texto ingenioso y extraordinariamente atractivo publicado posteriormente en lengua española bajo el título de "La idea de Europa".

Vargas Llosa, en el prólogo del citado ensayo, reconoce a Steiner como una de las grandes cimas de la intelectualidad europea actual. Nacido en Francia, en el seno

de una familia judía de lengua alemana, educado en los Estados Unidos, profesor en Ginebra y en Cambridge, conocedor de todas las lenguas europeas cultas, muy desenvuelto en filosofía, historia, literatura y arte, pocos autores contemporáneos representan mejor que él la figura de un humanista moderno, continuador de la gran tradición a la que pertenecen Erasmo, Voltaire, Goethe y Montaigne.

A Steiner, dice el gran escritor peruano, lo atormenta la supervivencia, en nuestros días, de lo que él mismo llama la pesadilla de la historia europea: los odios étnicos, la exaltación nacionalista, los regionalismos desaforados y la reaparición, solapada unas veces, explícita otras, del antisemitismo. Pero su principal preocupación es la uniformización cultural (consecuencia probable de la globalización) y la banalidad de los productos culturales de consumo: “no es la censura política lo que destruye la cultura, dice Steiner, sino el consumo masivo de productos pseudoculturales que se advierte en todo el mundo”.

Vargas Llosa no comparte, en cambio, el pesimismo de Steiner sobre el futuro de Europa. Es hasta cierto punto paradójico, sostiene Rob Riemen en la introducción de “La idea de Europa”, que sólo vea sombras y abismos en el porvenir de la civilización europea quién, como Steiner, la representa mejor que nadie. Con todas sus lacras, dice el gran autor peruano, Europa es, en el mundo de hoy, el único gran proyecto internacionalista y democrático en marcha. Lo que comenzó como un mercado común del carbón y del acero en el que participaban sólo seis países, es ahora una mancomunidad de veinticinco naciones que ha comenzado a eliminar barreras, integrar mercados, armonizar instituciones y estudios y adoptar políticas comunes no sólo en el ámbito económico sino también en los órdenes político, defensivo, científico, académico y cultural. ¿Cuáles son, entonces, cabría preguntarse, las señas de identidad europeas?.

LOS CAFÉS Y LA CULTURA EUROPEA

Europa –dice Steiner– está compuesta de cafés repletos de gentes y palabras donde se escribe poesía, se discute de política y se mantiene viva una tertulia civilizada que vincula al Viejo Continente con la alta cultura. Los cafés europeos son, por otra parte, lugares para la cita y la conspiración, para el debate intelectual y ¿porqué no? para el cotilleo y son, también, el refugio donde poetas, artistas y escritores pasan muchas horas absortos ante en sus cuadernos y dibujos. Los cafés europeos, de Madrid a Viena, de San Petersburgo a París, de Berlín a Roma, de Praga a Lisboa son inseparables, por otra parte, de las grandes empresas culturales, artísticas y políticas de Occidente. En sus mesas han nacido muchos de los grandes sistemas filosóficos, los experimentos formales, las revoluciones ideológicas y las ideas estéticas que han caracterizado a Europa a lo largo del tiempo.

En Milán, en Venecia, en París, los cafés han albergado, históricamente, a la oposición política liberal clandestina de su tiempo. En la Viena imperial, tres cafés sirvieron como centros de economía política, de psicoanálisis y de filosofía. Quiénes, en aquella época, quisieran encontrar a Freud, Musil o Carnap sabían exactamente

dónde buscarlos. Danton y Robespierre se reunieron por última vez en el café Procope de París. Cuando, en Agosto de 1914, se apagaron las luces en Europa, Jean Jaurés fue asesinado en un café y en un café de Génova Lenin concibió la dictadura del proletariado mientras jugaba al ajedrez con Trotski.

A diferencia de Europa continental, no hay cafés en Moscú, que más que una ciudad europea parece un suburbio de Asia. En Gran Bretaña, Irlanda y los países nórdicos hay bares, tabernas y “pubs” pero no cafés. No tienen mesas de ajedrez, ni periódicos en sus perchas a disposición de los clientes. En los Estados Unidos, fuera de Nueva Orleans, una ciudad con fuerte influencia francesa, tampoco hay cafés sino bares. El bar americano desempeña un papel vital en la literatura y el eros norteamericano. Scott Fitzgerald y Humphrey Bogart serían inentendibles sin tales bares y la historia del “jazz” es inseparable de ellos. La sociología, el tejido psicológico de los bares americanos están impregnados de sexualidad, de la presencia de mujeres. Pero nadie ha escrito nunca un tratado de “fenomenología” en la mesa de un bar americano como hizo Jean-Paul Sartre en el café parisino de los “Dos Gatos”, cerca de la iglesia de Saint Germain des Prés. Mientras haya cafés –dice Steiner– la idea de Europa tendrá contenido.

EL PAISAJE HECHO A LA MEDIDA DEL HOMBRE

La segunda seña de identidad de Europa se comparte, sin excepción, por todos los países que la integran: es el paisaje caminable, la geografía hecha a la medida del hombre. En lugar de extensos desiertos como el Sáhara, selvas infinitas como la Amazonia o llanuras estériles como las de Alaska, el paisaje, el medio ambiente europeo fue siempre amigo del hombre, proveyó su sustento, facilitó la comunicación entre pueblos y culturas diferentes y aguzó su sensibilidad y su imaginación. El paisaje no ha aislado a los europeos, los ha acercado. A los campos, bosques y colinas de Europa, desde La Coruña hasta Varsovia, desde Estocolmo hasta Messina, les ha dado forma, no el tiempo cronológico, sino el tiempo histórico. En Europa, al viajero nunca le parece estar muy lejos del campanario del próximo pueblo y desde tiempo inmemorial los ríos europeos han tenido vados para los bueyes (“oxfords”, en lengua inglesa) y puentes para bailar y divertirse como el de Avignon.

Por otra parte, algunos de los más importantes elementos del pensamiento europeo son, literalmente hablando, “pedestres”, es decir, se han concebido andando. El paseo cotidiano de Kant por los alrededores de Königsberg llegó a ser legendario. Las líneas básicas del contrato social las esbozó Rousseau mientras caminaba y por lo que a Kierkegaard se refiere sus paseos por Copenhague resultaron ser, al mismo tiempo que un espectáculo público, objeto de múltiples caricaturas. En estos y en otros muchos casos, las ideas filosóficas, las teorizaciones más incisivas se produjeron durante el acto de caminar. Horderlin fue a pie desde Westfalia a Burdeos y Wordsworth, el poeta inglés de las baladas líricas, se desplazó andando desde Calais hasta el “oberland” de Berna, ida y vuelta. Coleridge recorría de forma habitual entre 30 y 50 kilómetros al día componiendo poesía o resolviendo intrincados problemas

teológicos y algunas de las más grandes composiciones de la música europea (Schubert, Mahler) aluden continuamente al “wanderer” (caminante). Es imposible ante ello, dice Steiner, no recordar la enigmática profecía de Walter Benjamin: en todas las alegorías y leyendas europeas, el mendigo que llama a la puerta, viene andando.

Que la historia de Europa ha sido una historia de largas marchas lo demuestra, mejor que ningún otro ejemplo, el Camino de Santiago, paradigma, por lo demás, de la fuerza del espíritu del hombre y de su resistencia al agnosticismo y al relativismo moral que, de un tiempo a esta parte, han invadido Europa. Épicas fueron las expediciones de Alejandro de Macedonia, cuyas tropas llegaron desde Grecia continental hasta las fronteras de la India. La distancia recorrida por las divisiones de Napoleón, desde Portugal a Moscú, desafía lo creíble y la Wehrmacht (fuerza armadas alemanas), durante la segunda guerra mundial, desplazó a pie numerosas unidades de combate desde el occidente francés hasta el Cáucaso. En su libro de memorias “Un regular en el siglo”, Julien Benda describe la historia de Europa en el siglo XX y lo hace concediendo el protagonismo a un soldado de infantería que atraviesa de parte a parte, a pie, el continente europeo.

Una vez más las diferencias de Europa con los Estados Unidos y otros lugares geográficos como Africa o Australia son radicales. La gente no se desplaza a pie de una ciudad americana a la siguiente. Los desiertos del suroeste americano y los grandes bosques de los estados del Pacífico son impracticables, como lo son también los pantanos de Florida y el Gran Cañón del río Colorado con toda su magnificencia. Para los europeos, los “grandes cielos” americanos, africanos o australianos son desconocidos. La realidad de Europa, las bellezas de Europa son, en cambio, inseparables de la pátina de un tiempo humanizado, es decir, un tiempo hecho a la medida del hombre.

LOS NOMBRES DE LAS CALLES EUROPEAS

El tercer rasgo de identidad europeo es el de poner a las calles y plazas de las ciudades europeas el nombre de grandes estadistas, científicos, artistas y escritores del pasado, algo inconcebible en Norteamérica, dónde las avenidas suelen designarse con números ordinales (Quinta, Séptima Avenidas) o fenómenos naturales (Sunset Boulevard) y las calles con números cardinales (calle 33, calle 42) asociados o no con las letras de los cuatro puntos cardinales (North, West, East, South), cuando no con nombres de árboles, plantas y lugares naturales (Pine, Maple, Oak, Willow, Loch Lomond). En Europa, lo viejo y gastado por los siglos es un valor, en tanto que en los Estados Unidos toda la vida está proyectada hacia delante. Europa es, por ello, el “lugar de la memoria” y Norteamérica el de la “utopía futurista”. La hipótesis de los viajes espaciales que esperan realizar pronto muchos americanos es, a mi juicio, un ejemplo característico de esta realidad.

En Granada, los nombres de Cervantes, Severo Ochoa y Góngora en algunas de nuestras principales calles o avenidas y la denominación García Lorca para el parque principal de la ciudad son demostrativas de este rasgo identitario. En Madrid,

grandes avenidas llevan los nombres de Velázquez y Goya, Colón da nombre a una gran plaza y los nombres de Joaquín Costa, Jorge Juan, el Príncipe de Vergara y el general Serrano encabezan otros lugares públicos. En París, hay una rue Lamartine y una plaza Victor Hugo. Las callejuelas que rodean a la Sorbona llevan los nombres de los grandes maestros de la escolástica medieval. Descartes, Moliere, Racine, Corneille y el general De Gaulle tienen asimismo sus calles o plazas. En Alemania, multitud de plazas en numerosas ciudades llevan los nombres de Goethe, Schiller, Mozart o Beethoven. A través de estos nombres, Europa rinde culto a la historia, la ciencia, la política, el arte y la cultura. A veces, leer los rótulos de las calles es hojear un pasado reciente. Así, en París, la Place de Saint Germain se ha convertido en la Place de Sartre-Beauvoir y en Frankfurt se acaba de bautizar una plaza con el nombre de Adornoplatz.

En la definición de Europa como “lugar de la memoria” existe un lado oscuro. Las placas fijadas en las calles no mencionan sólo a artistas, filósofos o gobernantes. También conmemoran siglos de matanzas, de sufrimientos y de sacrificio humanos. Europa es el lugar dónde el jardín de la casa de Goethe es colindante con Buchenwald (uno de los campos de exterminio nazi) dónde la casa de Corneille es contigua a la plaza donde fue ajusticiada Juana de Arco. En Europa, existen por doquier monumentos conmemorativos de asesinatos y crímenes, individuales y colectivos, hasta el punto de que las listas de los muertos cuyo recuerdo permanece indeleble en placas de mármol parecen, en ocasiones, superar a las de los vivos. Este lado oscuro es la razón que aduce Steiner para afirmar que los europeos estamos atrapados en la telaraña de una memoria a la vez luminosa y asfixiante. Es este dualismo lo que Norteamérica rechaza. Su ideología ha sido y continúa siendo la del amanecer y el futuro. Lo que más arraigo tiene en la sensibilidad y el lenguaje americanos es la promesa, el contrato con horizontes abiertos que convirtió, hace años, la expansión hacia el Oeste en un nuevo Edén.

ATENAS Y JERUSALEM

La cuarta credencial europea es la de su doble procedencia de Atenas y Jerusalem. Europa es el legado de la razón y la fe, de la tradición que humanizó la vida, hizo posible la coexistencia social, desembocó en la democracia y en la sociedad laica y produjo los místicos, la espiritualidad y la santidad, pero también la censura, el dogma, el fanatismo, las cruzadas y las guerras de religión. Este doble origen, griego y judío, es –según Steiner– el sustrato de la enorme tensión que precipitó a Europa, en el siglo pasado, en dos guerras monstruosas (que devastaron el continente y causaron millones de muertos) e impulsó al mismo tiempo la civilización, la aparición de los derechos humanos, el control político de los gobiernos, el respeto hacia las minorías y el desarrollo económico. Por el peso de esta tradición, los europeos estamos condenados a vivir intentando conciliar dos modelos de sociedad opuestos entre sí: la “ciudad de Sócrates” y la “ciudad de Isaías”.

Alguien ha descrito al hombre europeo como un bípedo con un afán de ferocidad y codicia increíbles. Sin embargo, este malvado y peligroso mamífero que es el

“homo europeus” ha sido capaz de alumbrar tres manifestaciones del espíritu de una dignidad y altura realmente impresionantes: la música, las matemáticas y el pensamiento abstracto. Estas tres actividades son exclusivas de hombres y mujeres y están lo más cerca posible de la visión bíblica en virtud de la cuál muchos de nosotros aceptamos la idea de que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Que mediante unos cuantos sonidos musicales, se pueda producir el milagro de los significados que nos transmiten con sus composiciones Bach, Mozart, Beethoven o Schubert es realmente asombroso. Por otro lado, aunque un pequeño número de centros no europeos (hindúes y árabes, sobre todo) haya hecho aportaciones vitales a las matemáticas, la epopeya de la conjetura y las hipótesis matemáticas es, en esencia, una epopeya europea y, por transferencia directa, norteamericana. Y sobre ella lo mejor que se puede decir es que el cultivo de la matemática pura, desde los postulados de Euclides a la hipótesis de Riemann y desde los enunciados de Pitágoras y Tales de Mileto al teorema de Gödel, representa, probablemente, el más elevado capítulo del desarrollo intelectual humano.

De igual modo, en Europa, como empujada por un viento invisible, la corriente soberana de la discusión y la suposición, especialmente en lógica y epistemología, ha estado fluyendo continuamente desde los presocráticos a Wittgenstein, Bergson y Heidegger y desde Plotino a Spinoza, Kant y Popper. Resultado de ese flujo vital ha sido la aparición entre nosotros del pensamiento especulativo o abstracto, el desarrollo de la metafísica y la génesis de algunas de las obras más importantes de la cultura occidental (“Ser y tiempo”, “Crítica de la razón pura”, “La sociedad abierta y sus enemigos”). A veces, de forma enigmática, las tres dignidades preeminentes antes mencionadas se unen. Las matemáticas y la música se aproximan entre sí, en la filosofía se insinúa una cierta cadencia axiomática y, como han intuido algunos místicos y lógicos como Leibniz, cuando Dios monologa lo hace en álgebra. En todo caso, estas tres cimas del intelecto humano –la música, las matemáticas y la metafísica– justifican, a mi juicio, la afirmación de Shelley de que “todos somos griegos”.

No es exagerado decir, por otra parte, que el destino de Europa, en igual medida que de Atenas, procede de Jerusalem. Esta es una realidad innegable para los positivistas y para los teístas, para los agnósticos y para los creyentes. El monoteísmo, la definición del hombre como criatura divina, la dignidad humana inherente a esa condición, la idea de la ley como algo inseparable del orden moral, la visión de la historia como un tiempo orientado hacia un fin, tienen su origen en la singularidad y la dispersión hebraicas. Hoy día, es un lugar común considerar a Marx, Freud y Einstein como los creadores de la modernidad. Sin embargo, la violenta política social de Marx y su historicismo mesiánico coinciden con las enseñanzas de Jeremías (impartidas hace ahora cuatro mil años), la extraña premisa freudiana de un crimen originario –matar al padre– refleja, en forma gráfica, el escenario de la caída adánica y la confianza de Einstein en el orden cósmico (Dios no juega a los dados con la estructura del Universo) está muy cerca de la promesa de los Salmos y de Maimónides.

Las relaciones entre Atenas y Jerusalem nunca han sido fáciles. El humanismo europeo, con Erasmo y Hegel a la cabeza, ha intentado diversas formas de transacción

entre los ideales helenos y los hebraicos. Leo Strauss ha concluido recientemente que no es posible un entendimiento satisfactorio entre los imperativos de la razón derivados de nuestra herencia griega y los de la fe y la revelación proclamados en la Torá. Juan Pablo II, en cambio, sí cree posible que tal entendimiento podrá producirse algún día. Mientras llega o no ese momento, parece claro que debemos aceptar la idea de que la historia de Europa es, en realidad, la historia de “dos ciudades”.

RUINA Y FINAL

La quinta seña de identidad de Europa es la más inquietante de todas. Europa siempre ha creído que perecerá. Tras alcanzar un cierto apogeo sobrevendrá su ruina y final. Mucho antes de que Paul Valery hablara de la “muerte de las civilizaciones” y Spengler profetizara la “decadencia de Occidente”, esta convicción fatalista se había incrustado en la filosofía europea. En su “Teoría de la Historia”, Hegel afirma que Europa irá progresando hasta alcanzar un tope luego del cuál, previsiblemente, no habrá nada. ¿Cómo rechazar esta premonición –se pregunta Steiner– ante lo sucedido en Europa en el siglo XX?

Entre 1914 y 1945, de Madrid al Volga, del Ártico a Sicilia, unos 100 millones de seres humanos –ancianos, mujeres y niños muchos de ellos– murieron como consecuencia de la guerra, el hambre, las deportaciones, la limpieza étnica y los horribles crímenes de Auschwitz y el Gulag. Durante dicho periodo de tiempo, Europa se convirtió en la casa de la muerte, en el escenario de una brutalidad sin precedentes. Recientemente, el genocidio y la tortura han vuelto a los Balcanes. A la luz de estos hechos, la creencia en el final de la idea de Europa es, según Steiner, casi una obligación moral. ¿Con qué derecho habríamos de sobrevivir a tan tremenda inhumanidad?

LAS RAÍCES CRISTIANAS DE EUROPA

La idea de Europa está entretejida con las doctrinas y con la historia del cristianismo occidental. El arte, la literatura, la arquitectura, la música y el pensamiento filosófico europeos están saturados de referencias y valores cristianos. Hoy, en cambio, el cristianismo es una fuerza en retroceso. En muchas partes de Europa, las iglesias se están quedando vacías y las tasas de natalidad están cayendo en picado. Sólo en el Reino Unido, unas seiscientas iglesias anglicanas han sido cerradas.

El auge del agnosticismo, si no del ateísmo, la reaparición del antisemitismo, están iniciando un profundo cambio en la sociedad europea. Glucksman habla en sus libros de la “tercera muerte de Dios” en Europa. ¿Qué nos deparará el futuro?. Cuando el hombre moderno saque a Dios de su existencia ¿quién o qué lo reemplazará?. ¿El Estado? ¿Los partidos políticos? ¿La razón? ¿La ciencia? ¿La angustia? ¿La nada? ¿Qué gran voz teológico-cristiana hablará a partir de ahora en nombre de la Europa culta y educada? ¿Podrá resistir Europa el asedio del fundamentalismo radical y ser tolerante con los que la quieren destruir?.

No es fácil encontrar una respuesta adecuada a estas preguntas. La esperanza residual que nos queda a algunos es que si Europa se desprende de su lado oscuro, acaso pueda encontrar en el fondo de su más positiva historia la fuerza suficiente para elaborar un nuevo humanismo post-cristiano y volver a ser la tierra de Erasmo, Kant, Bohr y Einstein. El camino de Europa en el mundo tiene que ver más, a mi juicio, con el intelecto y el espíritu que con el desarrollo económico, militar y tecnológico que persigue actualmente la Unión Europea para competir, en abierta hostilidad, con los Estados Unidos. Los tiempos del imperialismo y de la hegemonía política europeas quedan lejos, como lejanos nos parecen, hoy, Richelieu o Bismarck. Si Europa decide iniciar dicho camino, las tareas y responsabilidades que nos aguardan son análogas a las que promovieron el nacimiento de su cultura con el pensamiento griego y la moral judía como referentes fundamentales. ¿Podremos alcanzar este sueño?.

CUESTIONES FINALES

Aunque no pueda decirse que no, probablemente haya que resolver antes algunos problemas: 1) ¿podrá existir un humanismo post-cristiano sin valores cristianos?; 2) la religión civil del Estado ¿podrá sustituir a la educación basada en principios morales?; 3) ¿se apartarán las leyes de tales principios?; 4) el relativismo creciente de la sociedad occidental ¿permitirá discernir en el futuro lo que está bien de lo que está mal?; 5) en una sociedad sin valores trascendentes ¿volverán a florecer las manifestaciones del espíritu (las matemáticas, la metafísica, la música) antes mencionadas?; 6) en qué se apoyarán los seres humanos educados en el materialismo realizar actividades no materialistas?; 7) podrán volver a ser el pensamiento racional y la moral cristiana los ejes del desarrollo social en el futuro?

Con algo más de tiempo, tal vez podría seguir proponiendo nuevas preguntas, pero el tiempo (esa cuarta y misteriosa dimensión del universo) es inextensible y he de terminar. Si ustedes se las formulan a sí mismos y encuentran una respuesta adecuada para ellas me daré por satisfecho y habrá tenido algún sentido esta lección de balneario impartida en una calurosa mañana de julio. Gracias, en todo caso, por su atención.

REFERENCIAS

- VARGAS LLOSA, M.: Una idea de Europa. Prólogo. Biblioteca de Ensayo Siruela. Madrid, 2005, pp. 9-18.
- RIEMEN, R.: Introducción. Décima Conferencia Nexus. Biblioteca de Ensayo Siruela. Madrid, 2005, pp. 19-34.
- STEINER, G.: La idea de Europa. Biblioteca de Ensayo Siruela. Madrid, 2005, pp. 35-80.